



LEÓN.—Glorieta de Guzmán el Bueno.

la capilla en que descansan su eterno sueño de amor y de tragedia don Pedro y su infortunada amante Inés de Castro. ¡Cuán diferente el efecto que me produjo el panteón de los Reyes de España en El Escorial! Este panteón escurialense es de lo más frío, de lo más ordenancista que puede verse. Los cuerpos de los reyes de las casas de Austria y de Borbón están almacenados en él, en sus urnas, como las piezas de género en una pañería. ¡Qué otro lo de León! Al entrar en el solemne recinto, bajo el techo, con sus robustas columnas románicas, en que los reyes del antiguo reino de León duermen en el eterno olvido, se siente el ánimo sobrecogido. “Doce túmulos lisos —dice Quadrado— de más de treinta que anteriormente había sin efigie, sin labores de ningún género, sin inscripción, excepto el de Alfonso V y algunos trozos que se leen en el de Sancha, hermana del emperador, dejaron allí únicamente los soldados de Napoleón, después de profanar aquel venerable recinto y de buscar inútilmente entre los huesos y la podredumbre los imaginarios tesoros que tentaban su codicia.” Y esta profanación ha añadido acaso, creo yo, interés a la solemnidad del espectáculo. “Una tumba profanada es como una tumba intensificada. Cuando la destrucción, es decir, la muerte, pasa sobre la muerte, redobla su trágico interés.”

En uno de los pisos de la fuerte y cuadrada torre se halla el llamado Tesoro, donde se custodian objetos de gran valor, como son un cáliz de ónix, del siglo x; una arqueta y un portapaz, ambos de marfil, del siglo xi; una magnífica cruz procesional, obra de Enrique de Arfe; varios relicarios, bordados, etc. Y en la llamada Librería o Biblioteca, de estilo plateresco, edificada en 1534 con gran riqueza ornamental, existen varias preseas paleográficas.

El llamado Convento de San Marcos, edificación de índole a la vez religiosa y civil, es una de las más admirables plasmaciones del estilo plateresco y, con las Casas Consistoriales de Sevilla, el monumento español de más desmesurada silueta horizontal, situado en la parte Noroeste de la ciudad, lindante con el río Bernesga, allí atravesado por el pétreo puente principal. Su origen se remonta a los primeros siglos medievales en que servía como parador y hospital para los peregrinos del *camino de Santiago*, como etapa obligada que entonces era León en la ruta a Compostela. Al constituirse, en el siglo xii la que sería prepotente Orden de Santiago, pasó a su poder aquel viejo refugio, el cual quedó convertido en residencia y casa primada de la misma. A comienzos del siglo xvi se encontraba ruinoso, por lo que Fernan-

do el Católico ordenó en el año 1514 que fuera reconstruido según el plano confeccionado por Pedro de Larrea. Las obras duraron, con algunas interrupciones, casi dos siglos, en tres etapas que cabe delimitar así: 1530 a 1550, siglo xvii y la conclusión de 1711 a 1719. Dirigieron la edificación en los primeros lustros los arquitectos Martín de Villarreal y Juan de Badajoz, hijo, y en el siglo xviii Martín de Sinaga.

Este magno monumento —donde estuvo preso el célebre Quevedo durante los años 1639 a 1643, por haber escrito una sátira criticando el mal gobierno del a la sazón dictador del país, Conde-duque de Olivares— ofrece al exterior una larga fachada principal de suma belleza por la armonía y prestancia de su decoración. Consta de alto zócalo, planta baja con pequeñas ventanas arqueadas y principal con balcones, plantas ambas entre cuyos huecos existen, correspondiéndose, pilastras abajo y columnas abalaustradas arriba, apareciendo todo el conjunto literalmente cuajado de medallones, ménsulas, frisos, jambas, entrepaños, guirnaldas, cornisas, cresterías y hornacinas (en las que no se llegaron a colocar las proyectadas estatuillas); conjunto a la vez complejo y eurítmico, denotador de la fastuosa fantasía creadora de quien lo proyectó y del dominio ejecutivo de los artistas del cincel que lo labraron en piedra, a la que el transcurso del tiempo imprimiría encantadora tonalidad jalde. La fachada aparece cortada por un cuerpo central con amplia *peineta*, obra de imitación barroca del siglo xviii, donde se abre la portada principal, y en el extremo de la misma está el amplio pórtico de la iglesia, con puerta todavía gótica, aunque con detalles renacentes, formando un arco rebajado y otro encima semicircular con bóveda de crucería, apoyado en estribos laterales decorados con hornacinas. A los lados de la fachada hay admirables retablos pétreos, y en la parte superior del hastial una redonda ventana gótica, cornisa y friso renacentes, escudo imperial y decoración de conchas.

El interior de la iglesia ofrece una sola nave, con capillas laterales, crucero y ábside poligonal. Las bóvedas son de crucería, con caprichosas nervaduras, y los pilares ascienden repartiendo sus haces de nervios en aquéllas. Las dos sacristías, arquetípicamente platerescas, obra de Juan de Badajoz —el gran arquitecto y escultor acerca de quien ha dicho Camón Aznar: “tiene calidades técnicas de gran virtuosismo y pureza de estilo, si bien le falte originalidad para concebir grandes conjuntos y fie más en la impresión que pueda producir la exquisitez de sus ornamentos, la perfec-